

La crisis de la democracia en la perspectiva trilateral (Europa, Estados Unidos, Japón)

Por César SANCHEZ-AIZCORBE *

«La creencia de que un desempleo algo mayor, una menor educación, un poco más de disciplina consciente y algo menos de libertad de expresión lograrían en el mundo un estado de cosas mejor, en el cual fuese posible gobernar efectivamente (lleva a un intento) tan incivilizado, incluso primitivo, como la creencia de que todo lo que hoy necesitamos es una propiedad nacionalizada, la planificación estatal y el control por parte de los trabajadores» (Dahrendorf).

La importancia de la cuestión que señala el título de este trabajo ha derivado en un inmenso conjunto de literatura especializada, cuyo valor y transcendencia son—sin duda alguna—desparejos. Combinando el criterio de calidad científica con la necesidad de una selección, hemos pensado aún actual el adoptar como punto de partida de nuestras reflexiones sobre la crisis de la democracia el informe preparado para la Comisión Trilateral por Michel Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, referente a la gobernabilidad de las democracias (1).

Crozier, Huntington y Watanuki han diagramado su estudio en un triple movimiento de síntesis-análisis-síntesis, a saber: después de proporcionar un encuadre general en el primer capítulo de su obra, consagran los tres siguientes a las áreas o naciones en particular, esto es a Europa Occidental, Estados Unidos y Japón.

(*) Profesor de Filosofía Social en la Facultad de San Miguel de Buenos Aires.

(1) Cfr. Michel CROZIER, Samuel P. HUNTINGTON y Joji WATANUKI: **The Crisis of Democracy—Report on the Governability of Democracy to the Trilateral Commission**—(New York, New York University Press, 1975). A esta obra se refiere *passim* el autor a lo largo de este artículo. Cuando esto ocurra, señalaremos entre paréntesis en el texto las páginas correspondientes.

Concluyen su obra con un capítulo de síntesis, que permite retomar en otro nivel el marco global del comienzo. Recorramos sumariamente el trayecto.

1. El marco general de la crisis democrática trilateral

Según los autores, el problema de la hora puede formularse mediante la pregunta siguiente: ¿constituye la democracia política, tal como hoy existe, una forma viable de gobierno para los países industrializados de Europa, Norteamérica y Asia? (p. 2).

Con pesar, Crozier y sus colegas comprueban que las respuestas dadas a este interrogante por conocedores privilegiados de la situación política occidental se hallan impregnadas de pesimismo. Un estado de ánimo similar se encuentra también en forma paralela—prosигuen ellos—, si se atiende a las perspectivas desde las cuales se evalúa hoy la crisis económica: ésta vendría a ser la verificación de la fase recesiva del ciclo de Kondratieff (p. 2-3).

Los informantes pasan luego a formular los objetivos de su labor—diagnóstico y pronóstico con relación a la crisis—, para dar después lugar a una perspectiva sumaria sobre los «desafíos» a que se ven confrontados los gobiernos democráticos. Dichos desafíos son agrupados en tres categorías 1.^a) los llamados «contextuales», que surgen autónomamente del ambiente externo en el que operan las democracias (por ejemplo, la depresión económica mundial); 2.^a) los desafíos originados en la evolución social y en la dinámica política propia de cada sociedad (por ejemplo, la existencia local de una oposición comunista y muy fuerte y organizada) (p. 4-5); 3.^a) los denominados «intrínsecos», o sea los desafíos que son producto del funcionamiento mismo de la democracia—los «más serios»—(por ejemplo, la sobrecarga de demandas con relación al gobierno) (p. 7-8).

De lo dicho, extraen finalmente el punto considerado más crítico, el cual condensan en el dilema siguiente: «las demandas planteadas ante los gobiernos democráticos crecen, mientras su capacidad de respuesta se estanca» (p. 9).

Quizá resulte de interés destacar tangencialmente una observación de los referentes, en el sentido de que los grupos de intelectuales y afines constituyen un desafío considerable para la democracia actual (p. 6-7).

Una vez propuesta—en el capítulo primero—esta introducción sucinta, en la que se presentan algunos elementos que volverán a tratarse más tarde con detalle mayor, los autores pasan a considerar en forma separada—capítulos 2.^o, 3.^o y 4.^o—las distintas áreas

o naciones, correspondiendo a cada uno de ellos el estudio de su área o nación de origen. A Crozier, pues, Europa Occidental; los Estados Unidos a Huntington. El Japón quedó confiado a Watanuki. A continuación, pasaremos breve revista a dichos análisis.

2. Los problemas específicos de las distintas áreas y naciones

2.1 Europa Occidental

No escapará a la consideración del lector, la dificultad del trabajo abordado por Crozier en el segundo capítulo, que empezamos ahora a comentar. En éste debe resumirse la crisis democrática de naciones relativamente dispares, tales como Francia, Alemania, Suecia e Italia, procurando extraer de cada caso particular aquellos puntos comunes, sobre los cuales resulte factible elaborar un diagnóstico y pronóstico válidos para el conjunto. Esto nos permitirá comprender mejor el nivel de generalidad en que se sitúa el autor y la falta de referencias a estudios empíricos, mediante los cuales pudieran ilustrarse sus hipótesis.

El tratamiento de la crisis democrática europea es dividido en cuatro secciones: descripción del hecho, indagación de las causas, reflexión sobre el rol y la estructura de los valores políticos, conclusión relativa a la «vulnerabilidad» europea.

En lo que concierne a la realidad del problema. Crozier señala tres conjuntos críticos: uno, reside en la rotura de un juego de equilibrios y distancias entre el gobierno y los gobernados, que se ha resquebrajado bajo el peso creciente de los grupos de interés, ante la influencia de la explosión informativa y debido a la persistencia de procesos burocráticos superados (p. 10-11). El otro conjunto hace referencia a la falta de responsabilidad cívica, la cual se agranda en la medida en que se procura llenar el vacío de consenso popular mediante un desmedido aparato burocrático de control (pp. 16-18). A los dos primeros conjuntos, se añade un tercero: la dimensión «europea», por decirlo así, de la crisis, que no puede resolverse ya en espacios nacionales aislados, pero no logra tampoco concretar una respuesta adecuada en el nivel internacional, fuera del incremento de las burocracias (p. 18-19). El autor percibe la proclividad traumatizante de su cuadro y por eso dedica un breve espacio a la mención de los grandes logros cumplidos—a pesar de todo—(p. 19). Sin embargo, estos últimos no deben hacernos olvidar la urgencia con que se reclaman soluciones en distintos niveles y sectores.

¿Cuáles son las causas explicativas de la crisis? Crozier diferencia tres núcleos causales: uno profundo—no sólo sociológico, sino también económico—, otro más inmediato o cultural—el co-

lapso de las instituciones tradicionales—y, tercero, una circunstancia concurrente: la inflación (p. 20-39).

Sociológicamente, la crisis es desencadenada por la complejidad creciente del tejido social, una especie de síndrome interaccional: los ciudadanos llegan a la formulación de reclamos incompatibles entre sí.

Económicamente, el crecimiento sostenido ha producido efectos disruptivos en la esfera de las expectativas personales, en el campo del movimiento obrero y en el sector de la renovación de las empresas.

El área cultural-institucional ha operado como un reactivo de la crisis, acusando el impacto profundo de las causas anteriores y conformando—a su vez—un colapso de la estructura tradicional de la autoridad, que se ha trasvasado a todos los tipos de organización social: escuela, universidad, Iglesias, sindicatos, empresas, aun cuando en cada caso el alcance del daño no es el mismo. El mundo intelectual y los medios de comunicación social merecen especial atención. Dice Crozier textualmente: «No hay razón para creer que la revolución cultural contemporánea vaya a ser más pacífica que las revoluciones industriales del pasado» (p. 30). Y añade luego: «El énfasis sobre la evidencia directa—propiciado por los medios masivos de comunicación—aparece tan cargado de ideología y manipulación como el viejo estilo oratorio. La autonomía del periodismo no conduce necesariamente a la transparencia y la verdad, sino—antes bien—, puede distorsionar la percepción de la realidad» (p. 36).

La inflación, por último, reviste el carácter de causa suplementaria de perturbación. Si es grande (de dos dígitos) y sostenida, llega hasta desestabilizar las relaciones sociales.

El «maremagnum» así presentado en la «superficie», tiene también un trasfondo, en el que el autor se adentra en la tercera sección: esto es, el problema más básico de los valores, cuya complejidad resulta mayor de lo que suele pensarse (p. 39-52). En síntesis, opina Crozier, se ha erosionado el concepto de racionalidad (entendida como relación entre fines y medios) anteriormente vigente. Hace falta uno nuevo en su reemplazo. Las grandes creencias (por ejemplo: en la libertad, en la igualdad, en el orden y la eficiencia)—por su parte—han perdurado, pero en contradicción con los nuevos principios de acción impulsados por el desarrollo de la sociedad, desencajando consiguientemente a la persona de su sillar existencial. Tan resbaladizo contorno hace que deba temerse una regresión, si se presentara el caos como alternativa. Hoy, empero, dicho retroceso no privilegiaría un resurgir de la derecha, sino una eventual consolidación de la izquierda. Los par-

tidos comunistas europeos, autoritariamente organizados—defensores de un orden «a la antigua»—se han constituido así en una potencial y peligrosa reserva, en el caso de emergencia grave.

Al concluir—ya en la cuarta sección—, Crozier reconoce su proclividad al pesimismo. Europa es vulnerable desde fuera, sí, pero aún ha de admitirse que su crisis no es internamente desesperante (p. 52-53). Como vías de solución, el autor sugiere experimentar modelos más flexibles de control social y reorientar la tendencia actual del crecimiento económico (p. 54-55).

2.2 Los Estados Unidos

El tránsito de la Europa hacia la América del Norte—que a continuación iniciamos—hace experimentar al lector del informe trilateral una sensación de alivio. El terreno del otro lado del Atlántico no se presenta—según el documento—tan hostil. A su vez, el análisis de Huntington, ateniéndose a los cánones usuales al respecto en los Estados Unidos, otorga gran importancia al material empírico y facilita, por tanto, un seguimiento menos abrupto—que el habido con Crozier—respecto de la lógica de sus observaciones, las cuales—por otro lado—se encuadran dentro de un esquema muy simple.

El capítulo tercero se inicia, pues, con un amplio estudio del hecho de la crisis democrática en los Estados Unidos, que se extiende a lo largo de cuatro secciones (p. 59-106) a saber: la primera, consagrada a describir el brote democrático de la década de los años 1960 como punto clave; la segunda y la tercera, dedicadas respectivamente a los dos efectos mayores del brote democrático sobre el gobierno de la democracia: incremento de las actividades gubernamentales, por un lado, y disminución de la autoridad gubernativa—por el otro—. La cuarta sección se destina, por añadidura, a las consecuencias de los efectos perturbadores antes indicados.

El conjunto de las apreciaciones de Huntington culmina en los dos apartados finales: uno sobre las posibles causas del denominado brote democrático y otro, en el que se procuran extraer algunas conclusiones (pp. 106-115).

En lo que concierne al hecho originario, esto es, al brote de los años 60, el autor se limita a recordar algunos datos configurativos del mismo. Ellos son: la renovación dramática del espíritu democrático; el desafío a la autoridad de las instituciones políticas, sociales y económicas establecidas; el incremento de la participación popular; la reafirmación del poder por parte del Congreso y de los gobiernos estatales y locales; el resurgir de la idea igualita-

C. SANCHEZ-AIZCORBE

ria; la emergencia de grupos de «interés público», y—por último—la aparición de un criticismo prevalente contra todo detentor de poder o de riqueza excesivos. Huntington afirma luego de esta descripción: «El punto básico es éste: **la vitalidad de la democracia en los Estados Unidos en los años 1960 produjo un incremento sustancial en la actividad del gobierno y un detrimento sustancial en su autoridad.** En los primeros años de la década 1970, los americanos demandaban y recibían cada vez más beneficios de su gobierno y eso ocurría aun teniendo ellos menor confianza en él, de la que habían demostrado en la década anterior.» Y, poco más adelante, agrega: «La vitalidad de la democracia en los años 1960 suscitó dudas acerca de su gobernabilidad en la década de 1970» (2).

Una serie numerosa de datos corrobora en la segunda sección la existencia, entre 1960 y 1972/74, de una expansión tangible de la actividad estatal: ésta pasó en dicho lapso del 27 por 100 al 33 por 100 del Producto Bruto Nacional (p. 67). El déficit fiscal se incrementó, ocasionando así—como un factor de primera importancia—la inflación de los primeros años de la década 1970 (pp. 72-73).

La tercera sección ilustra detenidamente el declive sufrido por la autoridad del gobierno, situación que tiene como correlato una disminución paralela del peso de la autoridad en los demás sectores institucionales, tanto públicos como privados: «El cuestionamiento de la autoridad—nos refiere Huntington—saturó a toda la sociedad» (p. 76). Las informaciones recabadas por distintos y prestigiosos sondeos de opinión—citados por el autor—resultan concluyentes. Con todo, la participación «desmedida» tiene sus ciclos eruptivos; de ahí que sea posible matizar el futuro, sin duda variable, de su intensidad. Dice al respecto Huntington: «Esto sugiere que el brote democrático de los años 1960 podría engendrar su propio contrapeso, es decir, que un ascenso de participación política produce condiciones favorables a un descenso de participación política» (p. 85). No creemos oportuno detenernos aquí en los pormenores de la crisis de los partidos políticos americanos, que se expone poco después, ya que el tema es conocido. Vale, en cambio, la pregunta final formulada a ese respecto: «¿No declinará significativamente—demanda el autor—la participación popular si los partidos declinan? En los países menos desarrollados—añade Huntington—la principal alternativa del gobierno de partidos es el gobierno militar. ¿Tienen los países altamente desarrollados una tercera alternativa?» (p. 91). La sección se cierra con un largo párrafo encaminado a precisar el balance cambiante que se ha producido entre el gobierno y la oposición en los Estados Unidos. «Probablemente—leemos en él—ningún desarrollo entre los acaecidos en los años 1960-1970 va a adquirir una importancia tan gran-

(2) Cfr. *The Crisis*..., p. 64. El subrayado es el propio del autor. Si no se indica lo contrario, las palabras subrayadas en las citas se corresponden con el original del cual se han extraído.

de para la política americana como la disminución de la autoridad, **status**, influencia y efectividad de la presidencia» (p. 93). Entre los indicadores llamativos de la crisis se resalta finalmente también al poder político ganado por los medios de comunicación y a su papel activo en el deterioro de la autoridad pública.

¿Cuáles son las consecuencias ulteriores de todo lo señalado en la segunda y tercera secciones como «efectos» del brote democrático? Pues bien, como si no bastaran ya solamente los efectos descritos, Huntington observa que ellos han producido a su vez —casi a la manera de un círculo vicioso— una perturbación intrínseca en el sistema democrático. «En los Estados Unidos—dice nuestro autor—, como en todas partes dentro del mundo industrializado, los problemas domésticos han llegado así a convertirse en problemas intratables. El público desarrolla expectativas que son para el gobierno imposibles de satisfacer. Las actividades—y los gastos—del gobierno crecen, pero su éxito en lograr los objetivos que se propone, parece dudoso» (p. 104). Esto conduce a un nacionalismo económico de consecuencias aún mayores (p. 105). En medio de la catástrofe, sin autoridad, ¿cómo podrá el gobierno exigir los sacrificios indispensables para salir del atolladero? ¿No se percibe acaso que la crisis democrática interna de los Estados Unidos pone en peligro su influencia y liderazgo externos? (páginas 105-106).

Es ya hora, pues, de acometer las causas. Se trata de una cuestión más bien hipotética y teórica, lo cual nos ilumina acerca de la brevedad relativa de la quinta sección en el capítulo de Huntington. Para éste, la única explicación plausible reside en «la dinámica distintiva del proceso político americano». «Las raíces del brote deben buscarse en el sistema básico de valores americano y en el grado de compromiso que los grupos de la sociedad sienten respecto de dichos valores» (p. 112). «Durante períodos de cambio social rápido, sin embargo—prosigue Huntington—, los valores democráticos e igualitarios del credo americano son reafirmados. La intensidad de la creencia durante tales períodos de pasión creyente conduce al desafío de la autoridad establecida y a realizar esfuerzos mayores para cambiar la estructura gubernamental, con el fin de acordarla más plenamente con dichos valores. A este respecto, el brote democrático de los años 1960 participa en muchas características similares con los movimientos igualitarios y reformistas comparables de las eras Jacksoniana y Progresista» (3). Por eso, «en la medida en que este análisis es válido, las causas del brote democrático en los Estados Unidos serían específicas de los Estados Unidos y limitadas en duración, pero potencialmente recurrentes en algún momento futuro» (p. 113).

(3) Cfr. *The Crisis...*, pp. 112-113. Hemos omitido aquí el aludir a otras hipótesis explicativas, que el autor menciona y luego descarta.

C. SANCHEZ-AIZCORBE

Siendo así las cosas—es decir, una vez identificados los hechos y determinadas también las causas—, sólo le resta a Huntington resumir conclusiones. La sexta sección, reservada para ello, es brevísima.

«Predictivamente—afirma el autor—, la implicación de este análisis consiste en que, de conformidad con su curso normal, el brote democrático y la doble perturbación para el gobierno, resultante del mismo, se moderarán. Prescriptivamente, la implicación reside en que dicho proceso debe producirse con el fin de evitar las consecuencias perjudiciales del brote y para restaurar el balance entre vitalidad y gobernabilidad en el sistema democrático.» Y añade luego: «algunos de los problemas existentes para gobernar en los Estados Unidos provienen hoy de un exceso de democracia—un **exceso de democracia** casi en el mismo sentido con que David Donald usó el término para referirse a las consecuencias de la revolución Jacksoniana—que ayudó a precipitar la Guerra Civil. Se necesita, por el contrario, un mayor grado de moderación en la democracia» (p. 113).

Para llevar a la práctica tal recomendación se especifican dos áreas de trabajo: 1.ª) reducción de las «arenas» (instituciones) democratizables (por ejemplo, una universidad democrática no es una universidad mejor); 2.ª) restricción (voluntaria) por parte de algunos grupos de interés en sus reclamos democráticos: todos no pueden exigir mucho simultáneamente del gobierno, so pena de generar—en caso contrario—una ingobernable sobrecarga pública (páginas 113-114).

Séanos permitido comentar que lo expresado aquí por Huntington ayuda a situarse mejor en el contexto y en las razones estratégicas de la política (¿trilateral?) propiciada por Carter respecto de los derechos humanos.

2.3 El Japón

En el extremo oriental de la alianza tripolar, cuya crisis estudiamos, se halla el Japón. Lo que ocurre en dicha nación escapa al contorno dramático de Europa y América, por lo menos según la versión ofrecida sobre el particular en el ensayo de Watanuki. Este considera que la democracia nipona es hoy gobernable (p. 152), de acuerdo con un informe amplio, referente a sus capacidades internas (pp. 119-138) y al cambio de valores operado en la sociedad (pp. 138-149). Sólo se vislumbra una eventual perspectiva crítica para la década de los años ochenta.

Tanto para el observador europeo como para el latinoamericano, la experiencia japonesa podría resultar acreedora de un interés ma-

yor. Las mediaciones institucionales existentes en Japón y los procesos culturales vividos en ese país, tal como Watanuki los presenta, dejan abierto el panorama para preguntarse si los mismos no serían parcialmente adoptables en el caso de otras experiencias nacionales que ofrecen una vulnerabilidad externa tan grave como la nipona (pp. 119-121). Dos restricciones deben mencionarse: una, respecto de la insularidad y el aislamiento que predeterminan parcialmente el único rumbo posible de Japón. La otra, respecto de la crisis prevista—con interrogantes—para los años ochenta.

Merecen, en cambio, destacarse las soluciones positivas halladas en la esfera de la labor partidaria y de la eficiencia burocrática, así como la política redistributiva, la actuación de los sindicatos y el papel constructivo de los medios de comunicación.

Lamentablemente, la diversidad de tradiciones culturales plantea un grave obstáculo para cualquier esfuerzo comparativo. Por otro lado, la insuficiente información que poseemos—por regla general—en Occidente, respecto del contexto histórico japonés, torna difícil—en el marco de una exposición como la nuestra—ampliar el espectro reflexivo en una línea asiática de consideraciones, que correrían, pues, el riesgo de llegar a ser una verdadera improvisación. En tales circunstancias, nos ha parecido mejor pasar directamente al capítulo conclusivo del informe trilateral.

3. Conclusiones del informe trilateral.

Las diferencias que se desprenden de los informes confeccionados por Crozier, Huntington y Watanuki, con relación al tipo de crisis democrática imperante en la respectiva sociedad, no impiden a los autores el identificar algunos denominadores comunes. Su enumeración va precedida del recuerdo de los veinticinco años exitosos vividos durante la postguerra (pp. 157-158). Pero... «Dicha feliz convergencia de circunstancias favorables a la democracia—agregan luego—ha llegado a su fin» (p. 158).

«La insatisfacción—prosiguen los informantes—y la falta de confianza relativas al funcionamiento de las instituciones del gobierno democrático se han difundido en las naciones trilaterales. Con todo, en medio de la insatisfacción, no se ha desarrollado apoyo significativo alguno para favorecer una imagen alternativa referente a cómo organizar la política de una sociedad altamente industrializada» (pp. 158-159). «Lo que escasea hoy en las sociedades democráticas—añaden más adelante—no es el consenso acerca de las reglas de juego, sino el sentido del logro que se alcanzaría participando en el juego. En el pasado, la gente encontró sus logros en la religión, en el nacionalismo y en la ideología. Pero ni la Iglesia, ni el Estado, ni la «clase» suscitan ahora las lealtades de la gente» (p. 159).

«Las dictaduras del Tercer Mundo—se observa con laconismo—pueden dirigir sus sociedades hacia el objetivo **dominante** del desarrollo nacional; los Estados comunistas pueden movilizar su población en la tarea de **construir el socialismo**. En una democracia, sin embargo, el sentido de logro no puede ser impuesto desde arriba o por un *fiat*» (p. 160). «El sistema se transforma así—concluyen los informantes—en una democracia anómica, en cuyo seno la política democrática llega a ser más bien una arena para la afirmación de intereses conflictivos que un proceso para la edificación de logros comunes» (p. 161).

Tal es la tesis central de los autores. Su enunciado abre el camino a la recapitulación de las disfunciones de la democracia (páginas 161-168). Tendencialmente son cuatro: 1.ª) la prosecución de la igualdad y el individualismo han conducido a una ilegitimación creciente de la autoridad y a la desconfianza en el liderazgo; 2.ª) el incremento de la participación política y el activismo han producido una sobrecarga del gobierno y un desbalance en sus tareas; 3.ª) la rivalidad política se ha intensificado, llevando a la desagregación de intereses y a la decadencia y fragmentación de los partidos políticos; 4.ª) la responsabilidad del gobierno frente al electorado y las presiones sociales estimulan el parroquialismo nacionalista en la gestión de las relaciones con los otros países (página 161). Estos aspectos sillares de la crisis son luego comentados escuetamente. Por último, se advierte que «la intensidad relativa de las diferentes facetas de estos problemas varía de un país a otro y temporalmente también dentro de un mismo país» (páginas 168-169).

Europa, por contraste (esto es, si se la compara con los Estados Unidos y Japón), debe afrontar eventos presentes que la convierten hoy en la más vulnerable de las tres regiones» (pp. 170-171). Así terminan nuestros autores su elaboración.

Dos apéndices completan la documentación ofrecida por la Comisión Trilateral. El primero de ellos contiene los instrumentos correspondientes a la discusión del estudio, que se realizara en Kyoto, en mayo de 1975 (pp. 173-203). El otro, ofrece perspectivas canadienses sobre la gobernabilidad de la democracia (pp. 203-209). Quizá lo más valioso en sí y lo más interesante para nosotros—entre los aportes suplementarios allí ofrecidos—sean las sugerencias vertidas por Ralf Dahrendorf para guiar la discusión de los expertos, y algunos comentarios apuntados luego por estos últimos.

Dado que juzgamos oportuno formular a continuación nuestras propias observaciones críticas sobre el análisis realizado por la Comisión Trilateral, incorporaremos en ellas algunos de los juicios de Dahrendorf y otros de los restantes expertos—cuyas opiniones

no se identifican personalmente—, con el fin de ahorrar así esfuerzos, que de otra manera podrían superponerse, y evitando—por tanto—el extendernos en demasía.

4. Observaciones críticas respecto de la perspectiva trilateral

Si bien admitimos de buena gana la dificultad afrontada por Crozier, Huntington y Watanuki al acometer en el marco de un informe reducido la empresa de reflexionar sobre la crisis contemporánea de la democracia trilateral, no podemos, sin embargo, adherir a la sustancia de su diagnóstico ni a la prognosis correlativa, que a partir del mismo formulan. La razón de nuestra reticencia obedece a lo que podríamos identificar como a las omisiones del análisis. Condensar muchos materiales en breve espacio implica, a su vez, seleccionar, tal como los autores lo han hecho, lo cual es—sin duda alguna—meritorio. El problema, empero, reside precisamente en la fundamentación de las opciones que guíaran tanto la selección como la sistematización de los datos tratados. Desde ya que no hubiera podido contenerse todo en una síntesis, pero—por lo menos—debían haberse aclarado mejor no sólo el alcance y la calidad de los presupuestos adoptados para llevar a cabo el estudio, sino también las consecuencias y las restricciones epistemológicas deducibles—por así decirlo—de tales puntos de partida analíticos.

Y yendo, pues, al particular, mencionaremos aquí cuatro puntos débiles, que merecen destacarse con respecto al informe trilateral comentado.

En primer lugar, se hace sentir la ausencia de una teoría explícita de la democracia, que los autores, o bien hubieran podido recapitular por sí mismos, o bien hubiesen debido tomar de otros expertos en el tema. De hecho, tanto Crozier y Huntington, como Watanuki, suponen una teoría, pues al destacar lagunas y fallos implican la falta de algo que consideran debido. Mas en un informe de la jerarquía correspondiente al suyo, no bastan los supuestos. Actuar así—ésta es la prueba justificatoria de nuestra primera crítica—los ha llevado a confusiones y a perspectivas antidemocráticas.

Señalemos, en beneficio de la brevedad, un ejemplo. En diversos capítulos de la obra se hace referencia a los efectos cultural y políticamente negativos—según los autores—de la mayor educación ciudadana y del creciente bienestar: los nuevos valores hacen agresivos, díscolos y exigentes a no pocos grupos de las sociedades trilaterales entre sí y con relación a sus gobiernos democráticos. Falta sumisión, no hay moderación en las demandas (4). Un

(4) Cfr. *The Crisis...*, pp. 7, 13, 22-23, 30-33, 74-76, 140-145 y 163-164. Estos

juicio tan fuerte como es éste, supone dos cosas: que la crisis de la autoridad y el conflicto nacen más bien desde abajo hacia arriba, y que los factores de mejoramiento de la calidad de vida del pueblo, en vez de beneficiar a este último, lo perjudican. Y nos quedamos aún cortos: detrás de tal sesgo analítico se esconde una peculiar teoría de la democracia... Esto explica el tenor de una de las acotaciones de Dahrendorf, quien llama la atención de los informantes con las palabras siguientes: «Pienso que para que las democracias puedan afrontar los nuevos tipos de problemas que las cuestionan, deben evitar ciertos errores. Han de soslayar, pues, la creencia de que el mucho progreso logrado en beneficio de un gran número de ciudadanos tiene que frenarse porque resulta perturbador para algunos. Han de evitar, asimismo, la creencia de que un desempleo algo mayor, una menor educación, un poco más de disciplina consciente, y algo menos de libertad de expresión lograrían en el mundo un estado de cosas mejor, en el cual fuese posible gobernar efectivamente. En verdad, pienso que este intento por hacer retroceder la dinámica de la historia con el fin de recrear una situación que afortunada y deliberadamente superamos, es, por diversos conceptos, tan incivilizado, incluso primitivo, como la creencia de que todo lo que hoy necesitamos es una propiedad nacionalizada, la planificación estatal y el control por parte de los trabajadores» (p. 194).

El ejemplo antes aludido, así como el texto recientemente citado, permiten entrever que el principio fundamental de la democracia en su carácter de régimen político, esto es la soberanía popular, recibe en los supuestos no explicitados del informe trilateral una acepción muy restrictiva. Hasta parecería darse preferencia a un retroceso popular con el fin de robustecer el gobierno democrático. ¿Cuál es la línea divisoria entre autoridad y pueblo en la democracia?

Pasemos ahora a formular una segunda observación crítica, referente a otro punto débil del análisis trilateral. Al déficit de teoría democrática se agrega la omisión de un modelo teórico de la sociedad global, en el cual se integren los procesos económicos, sociales, culturales y políticos que acaecen en ella. Esta falla resulta tanto más evidente y menos justificable, cuanto en los informes de Crozier y de Watanuki se subraya la importancia de lo económico con relación a lo político (Huntington, por el contrario, resta importancia a los factores económicos en el contexto de la crisis democrática americana [5]). Inclusive, llegando el momento

pasajes no son homogéneos en cuanto a la totalidad de su contenido. En ellos se hace referencia a la negatividad, que respecto del gobierno democrático manifiestan ciudadanos muy beneficiados por el progreso económico y cultural.

(5) Cfr. *The Crisis...*, pp. 84 y 112-113. Huntington piensa que «las posiciones de la gente sobre asuntos económicos no están tan directamente relacionadas con sus inclinaciones ideológicas básicas, como lo están, en cambio, sus posiciones con respecto a otros asuntos» (p. 84). La afirmación no parece com-

de formular conclusiones, los autores enfatizan la importancia del crecimiento económico como logro socialmente unificador de las democracias trilaterales durante la posguerra, y señalan, paralelamente, que en la actualidad la baja temporaria de la tasa de crecimiento ha amenazado las expectativas del período precedente, alimentando así la crisis (6). Preguntamos: ¿es posible organizar políticamente una sociedad sin referirse estructuralmente a su ordenamiento económico? ¿Puede hoy resolverse la crisis democrática trilateral si no se resuelve simultáneamente el problema del modelo de crecimiento por adoptar? Más todavía: ¿no estarán presuponiendo los autores—sin decirlo—un solo modelo de crecimiento como el único compatible con la democracia? También sobre este asunto Dahrendorf se pregunta: «¿Existe acaso algo en el concepto de democracia que lo relacione con el de crecimiento económico? ¿Es impensable la democracia sin el mismo?» (página 189). Dahrendorf quiere así advertirnos sobre el peligro de una idea latente en el informe trilateral, en el sentido de que la democracia sólo es practicable cuando hay un crecimiento económico sostenido. Este último, sin embargo, involucra por otra parte—según la opinión de los mismos autores trilaterales—procesos socioculturales, que causan a su vez una inestabilidad anti-democrática. Nos hallaríamos, pues, ante un círculo vicioso: el crecimiento intenso, considerado beneficioso en principio para estabilizar una democracia, produce como efecto un bienestar y un tipo de cultura que amenaza al buen funcionamiento de los gobiernos democráticos (7). Dicho de otra manera, el error primero de no integrar la participación popular creciente en una teoría democrática auténtica, tiene como falla paralela y correlativa un segundo error: la imposibilidad de compaginar **diversos** modelos de crecimiento económico con la democracia política.

Queda así abierto el camino para mencionar un tercer punto débil del informe trilateral. Este déficit se halla íntimamente vinculado a los dos precedentes y podría enunciarse así: los autores

probada. En todo caso, el paquete de «asuntos económicos» resulta demasiado vago. Más tarde, cuando el autor define a la crisis americana, como a una crisis del sistema básico de valores (p. 112), tampoco se explicita el rol jugado por valores asociados a la realidad económica. Tal análisis, elusivo en materia económica, resulta muy discutible. David E. APTER en su obra **The Politics of Modernization** (Chicago and London, The University of Chicago Press, 1967, 3.ª impresión), pp. 426-427, observa una apreciable incidencia del utilitarismo en el creciente individualismo que constituye «el problema clave de nuestra sociedad» (se refiere a la americana). Pensamos necesaria una consideración mucho más atenta del tema económico.

(6) Cfr. **The Crisis...**, p. 158. En el guión preparado para orientar el diálogo de los expertos se dice: «El control de la inflación y la promoción del crecimiento económico, si bien teniendo muy en cuenta los efectos de tal crecimiento en el agotamiento de los recursos y en la polución ambiental, debe tener consecuentemente una prioridad cumbre en la agenda de la democracia» (cfr. página 174). Esta aserción no guarda ninguna coherencia con los planteamientos estructurales del capítulo conclusivo.

(7) Cfr. APTER: «The Politics of Modernization», o. c., p. 428.

«ignoran» las tres líneas básicas de renovación teórica existentes dentro de la ciencia contemporánea respecto de la democracia. La primera de estas líneas es la que se orienta hacia la determinación histórica de los distintos modelos de democracia vigentes en los últimos doscientos años. Citemos estudios tales como los de Georges Burdeau (8), Robert A. Dahl (9) y Crawford Brough Macpherson (10). A ese mismo estilo de síntesis podrían adscribirse también las investigaciones de Raymond Aron (11), Barrington Moore (12) y Maurice Duverger (13), entre otros. Lo importante de esta primera línea reside en descubrir la articulación histórica de modelos democráticos globales—ya sucesivos, ya concomitantes—, dentro de los cuales se otorga una trascendencia especial a la imbricación de lo político con lo económico y a sus incidencias socio-culturales recíprocas. Esto ha permitido incluso abrir perspectivas de futuro en direcciones menos regresivas que la trilateral. Los estudios de Daniel Bell habrían de incluirse en este primer grupo (14).

(8) Nos referimos especialmente a la gran obra de BURDEAU: *Traité de Science Politique*, 1.ª ed., 1949-1957 (7 vols.); 2.ª ed., 1966-1974 (vols. 1-8, faltan por publicar el 9.º y 10.º). En esta magna síntesis del proceso político de los últimos siglos, se ha puesto un énfasis especial en la evolución de la democracia y en la determinación de los modelos sucesivos que la han configurado institucionalmente, pero sin desligar el nivel político de los aspectos sociales, culturales y económicos, antes bien construyendo con ellos el relieve de un modelo global.

(9) Sintéticamente, Robert A. DAHL ha tratado el tema de los modelos en su *A Preface to Democratic Theory* (Chicago, The University of Chicago Press, 1956, 12.ª impresión en 1973). El esquema allí propuesto ha sido ampliado en trabajos más recientes: *Pluralist Democracy in the United States. Conflict and Consent* (Chicago, Rand McNally, 1967); *Polyarchy. Participation and Opposition* (New Haven, Yale University Press, 1971) y *On Removing Certain Impediments to Democracy in the United States*, *Political Science Quarterly*, 92 (1977/1978), número 1, pp. 1-20.

(10) Cfr. C. B. MACPHERSON: *The Real World of Democracy* (Toronto, Canadian Broadcasting Corporation, 1965; última reimpression en 1978; New York, Oxford, University Press); *Democratic Theory: Essays in retrieval* (Oxford, Clarendon Press, 1973) y *The Life and Times of Liberal Democracy* (Oxford-London-New York, Oxford, University Press, 1977). El pensamiento de este investigador canadiense ha evolucionado en su proposición de modelos y reviste una gran importancia, sobre todo como alternativa a las elaboraciones de DAHL.

(11) Raymond ARON ha consagrado una significativa trilogía al estudio de las sociedades industriales, a saber: *Dix-huit leçons sur la société industrielle* (Paris, Gallimard, 1962); *La lutte de classes. Nouvelles leçons sur les sociétés industrielles* (ibidem, 1964) y *Democratie et totalitarisme* (ibidem, 1965). A estos trabajos debemos agregar—entre otros menores—dos artículos: «Die industrielle Gesellschaft und die politischen Dialoge des Westens» y «Der Begriff der industriellen Gesellschaft», ambos aparecidos en el volumen editado por el mismo ARON y otros autores, bajo el título: *Die industrielle Gesellschaft und die drei Welten—Das Seminar von Rheinfelden—*(Zürich, EVZ-Verlag, 1961).

(12) Resulta de interés notar el esfuerzo de Barrington MOORE (Jr.) en su valioso estudio sobre *Social origins of dictatorship and democracy* (Boston, Beacon Press, 1966), por mostrar el dinamismo de los sectores agrarios y su importante contribución a la revolución democrática, apuntando de algún modo a la ambigüedad de los llamados procesos de industrialización.

(13) Cfr. Maurice DUVERGER: *Janus: Les deux faces de l'Occident* (Paris, Arthème Fayard, 1972).

(14) Nos referimos a la obra de Daniel BELL: *The Coming of Post-Industrial*

La segunda línea de reflexión científico-política ha tematizado en los cauces de la antigua polémica entre democracia elitista y democracia popular (15). Las discusiones entre Dahl y Peter Bachrach son aquí representativas (16), pero quizá no lo son menos las hipótesis de John Kenneth Galbraith sobre el nuevo estado industrial, que podrían muy bien revertir el *status quaestionis* del informe trilateral (17). La íntima asociación entre gobierno político y tecnoestructura industrial explican hoy tan bien el conflicto entre autoridad y grupos de interés como la hipótesis trilateral de la sobrecarga de demandas.

Una tercera línea, finalmente, fluye de los trabajos realizados en pro de una renovación de la democracia participativa, dentro del marco político de libertad e igualdad, que constituyera la base prístina del llamado cuño democrático occidental (18). Un ejemplo, en esta dirección, lo hallamos en obras como las editadas por E. Terrence Cook y Patrick M. Morgan (19), o en trabajos como los producidos por Jean Kellerhals (20) y—más recientemente—por Peter Cornelius Mayer-Tasch (21). La tendencia participativa adquirió ya un nombre en movimientos políticos tales como el «Bürgerinitiativ-bewegung», en Alemania, y «participación popular», en diversos países del Tercer Mundo.

Society (Harmondsworth, Penguin Books, 1976). La primera edición americana apareció en 1973.

(15) Apuntó uno de los expertos a la exposición de Huntington: «El país (USA) necesita una planificación más apropiada, puesta en práctica de tal modo que el pueblo se sienta protagonista en el logro de los objetivos. Esta es una alternativa preferible a cualquier otro tipo de modelo tecnocrático de elite para el progreso» (cfr. *The Crisis...*, p. 197).

(16) Cfr. Peter BACHRACH: *The Theory of Democratic Elitism. A Critique* (London, University of London Press, 1969; 1.ª ed. americana, en 1967: Boston, Little, Brown and Co.). El asunto constituye un tópico predilecto del llamado pensamiento antidemocrático. Cfr. David SPITZ: *Patterns of Anti-Democratic Thought* (New York, The Free Press, 1965, revised ed.), pp. 43-123.

(17) Véase la obra de GALBRAITH: *The New Industrial State* (Harmondsworth, Penguin Books, 1977, 2.ª ed., 3.ª reimpression). (La primera publicación de la 2.ª edición fue efectuada en 1971: Boston, Houghton Mifflin). A ella debe añadirse un estudio sucesivo del mismo autor, en el que se completan sus puntos de vista: *Economics and the Public Purpose* (Harmondsworth, Penguin Books, 1975; edición original americana publicada en 1973).

(18) Señala sobre el particular, uno de los expertos, a Huntington: «Los Padres Fundadores de los Estados Unidos, afirmó un comisionado norteamericano, no vieron como primer problema el de crear una democracia gobernable. Al menos tan importante fue para ellos la garantía de los derechos de los ciudadanos contra los posibles excesos de sus gobernantes» (cfr. *The Crisis...*, página 196).

(19) Cfr. Terrence E. COOK y Patrick M. MORGAN (ed.): *Participatory Democracy* (San Francisco, Canfield Press; New York, Harper and Row, 1971).

(20) Cfr. Jean KELLERHALS: *Les associations dans l'enjeu démocratique. Etude sur la participation aux groupements organisés* (Lausanne, Payot, 1974).

(21) Cfr. Peter Cornelius MAYER-TASCH: *Die Bürgerinitiativbewegung. Der aktive Bürger als rechts- und politikwissenschaftliches Problem* (Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1976). Véase también MACPHERSON: *The Life and Times of Liberal Democracy*, pp. 93-115.

Es comprensible que Crozier, Huntington y Watanuki no pudieran distraer su atención en una polémica con dichos autores, pero no es aceptable su prescindir total respecto de las ideas aportadas en tantas investigaciones de fuste.

El último punto débil del informe trilateral, que deseamos anotar, consiste en la omisión de cualquier referencia sistemática a las sociedades no-trilaterales, particularmente a aquellas del sector no desarrollado. ¿Tiene sentido hoy el tratar la crisis democrática de Estados Unidos, Europa Occidental y Japón sin establecer los vínculos que las relacionan con el Tercer Mundo? (22). El problema energético, la guerra de Vietnam, los conflictos raciales, las tasas de crecimiento de economías dependientes de la importación de materias primas, etc., ¿pueden estudiarse sin observar el otro término de la relación? Si las democracias trilaterales carecen hoy de un sentido de logro, porque ya obtuvieron el crecimiento económico anhelado, ¿no podrían hallar uno nuevo y necesario en el diálogo Norte-Sur? (23).

Pero no es éste el único aspecto por el cual un análisis de la crisis democrática trilateral pudiera enriquecerse mediante una exploración sistemática de lo que acontece en el Tercer Mundo. Existe además un argumento específicamente político, esto es, la presencia en las nuevas sociedades en vías de desarrollo de un estilo democrático distinto, con valores y modalidades institucionales propias (24).

Lo que acabamos de señalar, nos invita a proponer ya algunas reflexiones sobre el contorno histórico de las sociedades industriales, adquiriendo así la distancia necesaria respecto del mundo trilateral como para empeñarnos luego en la búsqueda de soluciones democráticas con perspectivas más amplias. Lo abordaremos en un próximo artículo en esta misma revista.

(22) Usamos el término Tercer Mundo en un sentido amplio, que incluye las regiones menos desarrolladas de América Latina juntamente con las de África y Asia. Nótese que la literatura de origen inglés (y también la canadiense, como sería el caso de MACPHERSON) restringe el ámbito significativo de «Tercer Mundo» a las naciones denominadas «nuevas» de África y de Asia. No nos parece oportuno ofrecer aquí las razones por las que juzgamos más útil la acepción amplia, englobante de América Latina.

(23) Ha señalado Peter WORSLEY: «Gunnar Myrdal ha destacado que sin una masiva reorientación de los recursos mundiales desde los países ricos a los pobres, bajo control internacional, no se puede esperar un serio progreso en la suerte de la gran mayoría de la humanidad. Las naciones pobres se encuentran viviendo en una era en que Europa desarrolla una creciente preocupación narcisista de sí misma, y los Estados Unidos, en consonancia, un demasiado cálido interés en sus asuntos internos.» Cfr. *The Third World* (London, Weidenfeld and Nicolson, 1967, 2.ª ed.), p. 323.

(24) Cfr. MACPHERSON: *The Real World of Democracy* (ed. 1978), páginas 23-24 y 56-57.

Pablo Iglesias y la Iglesia

(En el centenario del PSOE 1879-1979)

Por Víctor Manuel ARBELOA

Una triste infancia

Paulino de la Iglesia Posse (1850-1925) era hijo de un modesto empleado en el Ayuntamiento de El Ferrol, Pedro de la Iglesia Expósito, a quien el capellán de la inclusa de Orense le regaló el nombre y los dos apellidos (1). Muerto Pedro en 1859 Juana Posse cargó con sus hijos Paulino y Manuel y se fue a Madrid, en busca de un pariente bien situado y que podría ser el amparo de los niños Pero el tío, que servía en la casa del conde de Altamira, había muerto y la pobre mujer consiguió que los niños fueran recogidos en el hospicio de la capital. La separación de su madre le afectó tanto a Paulino, que se quedó «como atontado de puro triste». No comía casi, parecía un autómata: si había que barrer, barría, si «había que ir a misa, iba». «Así—nos cuenta él mismo—llegué a caer en una debilidad tan extrema, que varias veces en la iglesia del hospicio, entre el olor de la cera y el calor, me dieron unos mareos que me creí morir» (2). Su diversión favorita no era el juego, sino la lectura. Era un chico guapo, alto, de pelo rubio y ojos azules. Las monjas del hospicio lo eligieron para tomar parte en la fiesta del Niño Jesús el 1 de enero, entregándole después una peseta como premio. Dos años duró su estancia en el centro benéfico, uno en la escuela y otro en la imprenta. Los malos tratos del regente de ésta y el cariño hacia su madre le forzaron a escapar del hospicio. Luego empezaría su vida azarosa de imprenta en imprenta.

(1) Tomo los datos del libro de ENRIQUE GONZÁLEZ FIOL, *Domadores de éxito; Confesiones de su vida y su muerte*; en el capítulo dedicado a Pablo Iglesias, recoge en parte su libro, *Pablo Iglesias: Al servicio del pueblo. Rasgos de su vida íntima contados por...*, Madrid, 1930, pp. 8-19 y otras. Hablando de la dura condición de la vida de su héroe escribe Meliá: «Como los cristianos afirman que Jesús nació en un establo para dar al mundo un ejemplo de humildad, los socialistas podemos decir que nadie mejor que Iglesias, hijo de inclusero, hospiciano, enfermo de hambre en su infancia, explotado y vejado en su juventud, perseguido y atropellado en su edad viril, pudo representar, simbolizar en su persona el dolor del proletariado actual (...)» pp. 7-8.

(2) *Domadores del éxito*, p. 213.